

## POLÍTICA, DEMOCRACIA Y RELIGIÓN EN TOCQUEVILLE

Diego M. Serrano Redonnet\*

*“... que faire d’un peuple maître de lui-même,  
s’il n’est pas soumis a Dieu?”  
Alexis de Tocqueville*

### 1. Introducción

Es una opinión extendida, y no por eso correcta, considerar al liberalismo del siglo XIX como una corriente antirreligiosa o, al menos, irreligiosa. Como toda generalización, peca en la osadía de atribuir tal calificación a un movimiento tan amplio y de tan variados matices como el liberalismo. Es más, tal aseveración contradice abiertamente los escritos de muchos de los representantes más destacados del liberalismo decimonónico como, por ejemplo, Constant, Lord Acton y Tocqueville.

---

\* Diego Serrano Redonnet es Abogado (UCA) y Master en Derecho (Universidad de Harvard).

Estos dos últimos<sup>1</sup>, en particular, por su credo católico, suscitan particular interés ya que el catolicismo puede percibirse —en el marco de las ideas del siglo XIX— como enfrentado directa e irreconciliablemente con el liberalismo. No cabe duda que ambos son pensadores auténticamente liberales<sup>2</sup> y, al mismo tiempo, católicos<sup>3</sup>. Ambos son contemporáneos y se conocieron

---

<sup>1</sup> Podríamos ampliar la lista con muchos otros nombres como, por ejemplo, los representantes del liberalismo católico francés: Lacordaire, el conde Montalembert, Dupanloup, el conde Falloux y Lamennais.

<sup>2</sup> Un autor de la talla de H. J. Laski consideraba a Lord Acton y a Tocqueville como “*the essential liberals of the nineteenth century*” (“Alexis de Tocqueville and Democracy”, en *The Social and Political Ideas of Some Representative Thinkers of the Victorian Age*, ed. F.J.C. Hearnshaw, Londres, 1933, p. 100). Para una reseña de la discusión académica acerca de la clase de liberalismo que Tocqueville encarna, puede verse Sheldon S. Wolin, *Tocqueville Between Two Worlds: The Making of a Political and Theoretical Life*, Princeton University Press, Princeton-Oxford, 2003, p. 3.

<sup>3</sup> Ha habido discusiones académicas sobre el catolicismo de Tocqueville. Según algunos, nuestro autor había perdido la fe en su adolescencia a través de la lectura de los *philosophes* del Siglo de las Luces y —pese al tinte espiritualista y providencialista de su pensamiento— nunca la había plenamente recuperado. Otros, en cambio, destacan la influencia del abbé Lesueur y de las lecturas de Pascal en su formación espiritual e indican que permaneció fiel a su fe católica durante toda su vida. Existen testimonios que prueban que murió en plena comunión con la Iglesia y asistido con los sacramentos, aunque no han faltado quienes han sostenido que ello se debió a sus deseos de complacer a su mujer más que a su genuina voluntad. Véase, entre otros, Jean-Louis Benoît, “Foi, providence et religion chez Tocqueville”, en *Actes du Colloque: L’actualité de Tocqueville*, Cahiers de philosophie politique et juridique, N°19, 1991, Centre de Publications de l’Université de Caen, reseñado en

entre sí. La obra de Tocqueville despertó, incluso, la enorme admiración de Lord Acton, llevándolo a expresar: “*For Tocqueville was a Liberal of the purest breed—Liberal and nothing else, deeply suspicious of democracy and its kindred, equality, centralisation and utilitarianism*”<sup>4</sup>. Hayek, en el siglo XX, propuso incluso denominar a la *Sociedad Mont Pelerin*, baluarte del neo-liberalismo, como *Sociedad Acton-Tocqueville*, en honor de ambos<sup>5</sup>.

---

[www.ifrance.com/tocqueville/Bibliographie/benoit.html](http://www.ifrance.com/tocqueville/Bibliographie/benoit.html), y John Lukacs, “Alexis de Tocqueville: A Historical Appreciation”, en *Literature of Liberty*, vol. V, N°1, 1982, Cato Institute/Institute for Humane Studies, reproducido en <http://oll.libertyfund.org/Essays/Bibliographical/Lukacs0311/Tocqueville.html>.

<sup>4</sup> *Lectures on the French Revolution*, editadas por John N. Figgis and Reginald V. Laurence, MacMillan and Co. Ltd., St Martin’s Street, Londres, 1910, p. 357.

<sup>5</sup> Tomo el dato de Michael Novak, quien explica: “*Hayek himself sought reconciliation between his own thought, which he called ‘liberal thought’ and religious thought. For example, he proposed naming the Mont Pelerin Society for two Catholic thinkers, under the name ‘The Acton-Tocqueville Society’ and in his opening address to its first meeting expressed the view that unless the breach between ‘true liberal and religious convictions’ could be healed there was ‘no hope for a revival of liberal forces’*” (Friedrich Hayek, “Opening Address to a Conference at Mont Pelerin”, en *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1967, p. 155, citado por Michael Novak, *The Catholic Ethic and the Spirit of Capitalism*, The Free Press, 1993, p. 65). Resulta interesante destacar que el Cardenal Ratzinger (ahora Papa Benedicto XVI) se ha proclamado un seguidor del pensamiento de Tocqueville con motivo de su incorporación a la Academia de Ciencias Sociales y Políticas del Instituto de Francia en 1992. Cf. Samuel Gregg, “A Tocquevillian in the Vatican”, en <http://www.acton.org/ppolicy/comment/article.php?id=309>.

Resulta interesante, entonces, detenerse en este trabajo en el pensamiento de Tocqueville sobre la política, la democracia y la religión para intentar comprender las claves de su rica indagación sociológica y teórica sobre el tema.

Tocqueville, como sabemos, otorga —al decir de Aron— la primacía al “hecho democrático” en el análisis de la realidad social<sup>6</sup>. Es el primer pensador de la “era democrática”. Por democracia, nuestro autor entiende tanto a un *tipo de sociedad* —la democrática, caracterizada por la igualdad de las condiciones— como a una *forma de gobierno*<sup>7</sup>.

De modo liminar, podemos decir que para él la religión (y, en particular, la católica) y la democracia no eran incompatibles. Tampoco le parecían inconciliables el cristianismo y el liberalismo. Bien dice Jean-Jacques Chevalier que nuestro autor “*tenía una fe política, la libertad, al mismo tiempo que una fe religiosa, el cristianismo, y estas dos fes, que no habría podido separar, no formaban más que una en su corazón*”<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup> Raymond Aron, *Les étapes de la pensée sociologique*, Gallimard, París, 1967, p. 223.

<sup>7</sup> Véase, por ejemplo, Jean-Claude Lamberti, “Tocqueville”, en *Nouvelle histoire des idées politiques*, bajo la dirección de Pascal Ory, Hachette, París, 1987, p. 217.

<sup>8</sup> Jean-Jacques Chevalier, *Los grandes textos políticos desde Maquiavelo hasta nuestros días*, Aguilar, Madrid, 1972, p. 239. Algo parecido señala Aron cuando dice: “*Tocqueville est un libéral qui aurait voulu que les démocrates reconussent la solidarité nécessaire entre des institutions libres et des croyances religieuses*” (op. cit., p. 235). Incluso Chevalier cita una carta de Tocqueville a un amigo que expresa: “*Uno de mis sueños, el principal al entrar en la vida política, era trabajar por conciliar el espíritu liberal y el espíritu religioso, la sociedad nueva y la Iglesia*” (op. cit., p. 255). Wolin cita otra carta en la que nuestro autor afirma que busca

Recorreremos en el presente trabajo las principales obras de nuestro autor para iluminar su pensamiento sobre la política y la religión y, en especial, sobre la democracia y el catolicismo. Pasaremos revista, así, tanto a *La démocratie en Amérique*<sup>9</sup> como a *L'Ancien Régime et la Révolution*<sup>10</sup>. En la primera, como lo ha señalado Aron, el interrogante fundamental es: ¿porqué en Estados Unidos la sociedad *democrática* es también *liberal*?<sup>11</sup> En la segunda, vuelve la mirada hacia Francia y se cuestiona porqué a su país le ha sido tan difícil preservar, en su evolución hacia la democracia, un régimen político de libertad. En ambas aflora, de esta manera, el eje central de la tradición política liberal: ¿cómo limitar al poder, incluso al de origen democrático, para preservar la libertad?

Con motivo de ambos interrogantes, Tocqueville considera a la religión, como el mismo lo dice, “*sous un point de vue purement humain*”<sup>12</sup> en sus intrincadas y —a menudo conflictivas— relaciones con la política y la democracia. Su pensamiento puede esclarecer, inclu-

---

reconciliar a los que “*valoran la moral, la religión y el orden*” con aquellos que “*aman la libertad y la igualdad ante la ley*” (op. cit., p. 326).

<sup>9</sup> Utilizaremos la edición de *De la démocratie en Amérique*, con prefacio de André Jardin, Gallimard, Paris, 1986, en dos volúmenes correspondientes a la primera y segunda parte de la obra. Las referencias se indicaran como “DA I”, para la primera parte, y “DA II”, para la segunda, con indicación del número de página respectivo.

<sup>10</sup> Nuestras referencias se harán a la edición de *L'Ancien Régime et la Révolution*, preparada por J.P. Mayer, Gallimard, Paris, 1987. La citaremos como “AR”, indicando solo el número de página correspondiente.

<sup>11</sup> Raymond Aron, op. cit., p. 224.

<sup>12</sup> DA I, p. 439.

so hoy, el futuro de nuestras democracias en este terreno, así como alertar sobre los peligros a evitar en el desarrollo venidero de las instituciones y las costumbres<sup>13</sup>.

## 2. La religión en la primera parte de *La démocratie en Amérique*

La primera parte de la obra más famosa de Tocqueville, publicada en 1835, tiene un propósito conocido: explicar el funcionamiento de la democracia en los Estados Unidos. En efecto, como señala André Jardin, Europa no tenía noticia de ejemplos de república más que en pequeños estados como los cantones suizos y era opinión común en la época que el régimen democrático no podía prosperar en países de gran extensión territorial<sup>14</sup>. Era necesario revelar al mundo cuáles eran las instituciones de una democracia moderna, próspera y de gran territorio. Era menester comprender, además, al país que había sabido conciliar sabiamente la democracia y la libertad.

Si bien la religión entre los norteamericanos es uno de los primeros aspectos que impactan a Tocqueville en su viaje<sup>15</sup>, la consideración específica del tema irrumpe

---

<sup>13</sup> Con razón pudo decir André Jardin: “*Tocqueville, observant l’enfance des démocraties modernes, y avait diagnostiqué les germes de maux qui se sont développés avec leur croissance*” (DA I, p. 8).

<sup>14</sup> Prefacio de André Jardin, en DA I, p. 9.

<sup>15</sup> Lo reconoce al decir: “*A mon arrivée aux Etats-Unis, ce fut l’aspect religieux du pays qui frappa d’abord mes regards*” (DA I, p. 437). En su diario de viaje escribió —a poco de llegar a Norteamérica— lo siguiente: “*Point de départ excellente: mélange intime de la religion et de l’esprit de liberté*” (citado por Jean-

claramente en la obra cuando nuestro autor se pregunta sobre las causas que tienden al mantenimiento de la república democrática en los Estados Unidos. Responde que, sobre todo, son “*des habitudes et des moeurs*” los que hacen posible la conciliación de la igualdad y la libertad en la democracia americana.

Tocqueville explica claramente que utiliza “*l’expression de mœurs dans le sens qu’attachaient les anciens au mot mores; non seulement je l’applique aux mœurs proprement dites, qu’on pourrait appeler les habitudes du cœur, mais aux différentes notions que possèdent les hommes, aux diverses opinions qui ont cours au milieu d’eux, et à l’ensemble des idées dont se forment les habitudes de l’esprit*”<sup>16</sup>. En definitiva, concluye que entiende por *mœurs*: “*tout l’état moral et intellectuel d’un peuple*”<sup>17</sup>.

En dicho marco conceptual comienza nuestro autor a analizar la influencia de la religión en el mantenimiento de la democracia americana. En la primera parte de la *Démocratie*, Tocqueville incluye a la religión entre las costumbres y le atribuye una notable influencia sobre la política. Seguiremos su derrotero expositivo.

Remontándose a los orígenes históricos de la influencia de la religión en la formación institucional americana, enseña Tocqueville que: “*La plus grande*

---

Claude Lamberti, en op. cit., p. 216). Cabe destacar que Tocqueville visita los Estados Unidos cuando aún se hallaba viva la efervescencia religiosa desatada por el llamado *Second Great Awakening* que tanta influencia tuvo en la historia religiosa americana. Al respecto, puede verse Justo L. Gonzalez, *The Story of Christianity, Volume 2: The Reformation to the Present Day*, Harper San Francisco, New York, 1985, pp. 244-246.

<sup>16</sup> DA I, p. 426.

<sup>17</sup> *Ibid.*

*partie de l'Amérique anglaise a été peuplée par des hommes qui, après s'être soustraits à l'autorité du pape, ne s'étaient soumis à aucune suprématie religieuse; ils apportaient donc dans le nouveau monde un christianisme que je ne saurais mieux peindre qu'en l'appelant démocratique et républicain: ceci favorisera singulièrement l'établissement de la république et de la démocratie dans les affaires. Dès le principe, la politique et la religion se trouvèrent d'accord, et depuis elles n'ont point cessé de l'être*"<sup>18</sup>.

Esta influencia de la religión sobre las instituciones americanas no se limita a los orígenes protestantes puritanos del nacimiento de las trece colonias que luego se convertirán en los Estados Unidos. Si bien es cierta la importancia del puritanismo en el nacimiento de la democracia americana<sup>19</sup>, nuestro autor señala también la relevancia del catolicismo que ya se había diseminado fuertemente en los Estados de la Unión por obra de los inmigrantes irlandeses<sup>20</sup>. Refiriéndose a ellos, Tocque-

---

<sup>18</sup> DA I, p. 427.

<sup>19</sup> Conforme a Sartori, la experiencia puritana radica esencialmente en que alentaron la despolitización de la sociedad por medio de la ruptura de los vínculos entre Dios y el César, transfiriendo el centro de gravedad de la vida humana a las asociaciones voluntarias independientes del Estado. Sin embargo, el profesor italiano señala que no puede decirse "*que el puritanismo fuera el factor decisivo y principal de la Weltanschauung democrático-liberal*" y que "*su contribución se ha exagerado*". Véase Giovanni Sartori, *Teoría de la democracia: 2. Los problemas clásicos*, Ed. Rei Argentina, Buenos Aires, 1990, pp. 361-362 con cita de bibliografía sobre el interesante debate acerca de los orígenes puritanos de la democracia americana.

<sup>20</sup> Aunque el catolicismo está presente desde los primeros momentos de la historia americana con la colonia de Maryland. Al respecto, puede verse Paul Johnson, *A History of the American Peo-*

ville indica: “*Ces catholiques montrent une grande fidélité dans les pratiques de leur culte, et sont pleins d’ardeur et de zèle pour leur croyances; cependant ils forment la classe la plus républicaine et la plus démocratique qui soit aux Etats-Unis*”<sup>21</sup>. Es más, nuestro autor se inclina por considerar al catolicismo *más democrático* que otras confesiones cristianas y, de ningún modo, un enemigo natural de la democracia<sup>22</sup>, como el

---

*ple*, Harper Perennial, New York, 1999, pp. 55-61. Es interesante señalar que la situación y rápido desarrollo del catolicismo norteamericano motivó el elogio y satisfacción de la Santa Sede, como puede verse en la epístola *Loginqua Oceani* de León XIII de fecha 6 de enero de 1895 (para su texto, véase *Doctrina Pontificia, Tomo III: Documentos Sociales*, 2da edición, B.A.C., Madrid, 1964, pp. 325-344). En dicha carta pastoral el Pontífice reconoce que a la promisorio situación de la Iglesia estadounidense “... *han contribuido, además, eficazmente, hay que confesarlo como es, la equidad de las leyes en que América vive y las costumbres de una sociedad bien constituida. Pues, sin oposición por parte de la Constitución del Estado, sin impedimento alguno por parte de la ley, defendida contra la violencia por el derecho común y por la justicia de los tribunales, le ha sido dada a [dicha] Iglesia una facultad de vivir segura y desenvolverse sin obstáculos*” (ibíd., p. 330). No obstante, a tono con la doctrina católica mayoritaria hasta el Concilio Vaticano II, León XIII advierte que: “... *aún siendo todo esto verdad, se evitará creer erróneamente, como alguno podría hacerlo partiendo de ello, que el modelo ideal de la situación de la Iglesia hubiera de buscarse en Norteamérica o que universalmente es lícito o conveniente que lo político y lo religioso estén disociados y separados, al estilo norteamericano*” (ibíd., p. 330).

<sup>21</sup> DA I, p. 427.

<sup>22</sup> “*Je pense qu’on a tort de regarder la religion catholique comme un ennemi naturel de la démocratie. Parmi les différentes doctrines chrétiennes, le catholicisme me paraît au contraire l’une des plus favorables à l’égalité des conditions*” (DA I, p. 427). Más adelante, comparando al catolicismo con el protestantismo, afirma

tradicionalismo monárquico europeo del siglo XIX lo consideraría.

Tocqueville esboza una serie de razones para fundamentar el mayor *democratismo* del catolicismo, entre las cuales destaca que este credo “*aime à confondre toutes les classes de la société au pied du même autel, comme elles sont confondues aux yeux de Dieu*”<sup>23</sup>. No obstante, se pregunta nuestro autor, ¿cómo puede ser que en Francia el catolicismo se aliara con la aristocracia? Y ¿cómo —al mismo tiempo— la misma fe contribuyera a la democracia en los Estados Unidos?

Ensayo aquí nuestro autor una explicación sociológica interesante. En Francia<sup>24</sup>, nos dice:

*“Souvent il est arrivé que le prêtre catholique est sorti du sanctuaire pour pénétrer comme une puissance dans la société, et qu’il est venu s’y asseoir au milieu de la hiérarchie sociale; quelquefois alors il a usé de son influence religieuse pour assurer la durée d’un ordre politique dont il faisait partie: alors aussi on a pu voir des catholiques partisans de l’aristocratie par esprit de religion. Mais une fois que les prêtres son écartés ou s’écartent du gouvernement, comme ils le font aux Etats-Unis, il n’y a pas d’hommes qui, par leur croyances, soient plus disposés que les cat-*

---

que este último “*porte les hommes bien moins vers l’égalité que vers l’indépendance*” (DA I, p. 428).

<sup>23</sup> DA I, p. 428.

<sup>24</sup> Nuestro autor habla en términos generales, sin una referencia directa a Francia, pero parece claro que es su patria en la que piensa, sin perjuicio de que su explicación pueda aplicarse a otras naciones europeas aristocráticas de la época, donde los ecos de la Santa Alianza aún resonaban.

*holiques à transporter dans le monde politique l'idée de l'égalité des conditions*"<sup>25</sup>.

En cambio, en Estados Unidos, nos informa:

*“La plupart des catholiques son pauvres, et ils ont besoin que tous les citoyens gouvernent pour arriver eux-mêmes au gouvernement. Les catholiques sont en minorité, et ils ont besoin qu'on respecte tous les droits por être assurés du libre exercice des leurs. Ces deux causes les poussent, à leur insu même, vers des doctrines politiques qu'ils adopteraient peut-être avec moins d'ardeur s'ils étaient riches et predominants*"<sup>26</sup>.

El hecho de encontrarse los católicos en “minoría” frente a otras confesiones —asevera nuestro autor— llevó a los católicos americanos a ser más defensores de la libertad y de los derechos constitucionales. Algo parecido ocurre con Lord Acton, que reflexionó sobre la política y la religión desde su posición de integrante de la “minoría” católica en la “anglicana” Inglaterra victoriana de entonces, y no —como acaece con otros pensadores católicos tradicionalistas del siglo XIX— desde la posición triunfalista del catolicismo como “mayoría” o como religión de un Estado “confesional” que unía al trono y al altar en un matrimonio de conveniencia de funestas consecuencias para la política y la religión.

---

<sup>25</sup> DA I, p. 428.

<sup>26</sup> *Ibíd.* Cabe destacar que la mayoría de católicos existente en Estados Unidos en esa época eran inmigrantes irlandeses muy pobres, ya que se habían visto obligados a emigrar de su país natal por la hambruna provocada por el fracaso de la cosecha de papa.

Además, del pensamiento de nuestro autor se desprende que, en Estados Unidos, la feliz unión entre el espíritu religioso y el espíritu liberal de los inmigrantes puritanos había favorecido una democracia duradera. En Francia, en cambio, el conflicto entre la Iglesia y el espíritu moderno —encarnado en la Revolución— habría impedido la convergencia entre la religión y las instituciones políticas democráticas y liberales<sup>27</sup>. Nuestro autor retomará este tema, como veremos más adelante, en *L'ancien Régime et la Révolution*.

En cualquier caso, concluye Tocqueville, tanto católicos como otras confesiones cristianas, más allá de sus diferencias, se muestran en los Estados Unidos favorables a las instituciones democráticas y republicanas.

Pero, se pregunta nuestro autor, ¿de qué modo influye la religión sobre la sociedad política en los Estados Unidos?

Lo hace “indirectamente”, nos responde, revelándose como el gran sociólogo que Aron descubrió en él. Lo hace dirigiendo las costumbres: “[la religion] dirige les mœurs, et c’est en réglant la famille qu’elle travaille à régler l’Etat”<sup>28</sup>. Tocqueville destaca el papel de la mujer y de la familia en la propagación de la religión y la consecuente severidad en las costumbres morales. Contrapone —en una imagen algo idílica de los hogares

---

<sup>27</sup> La evidencia histórica indica que, en general y salvo excepciones, las regiones mayoritariamente católicas de Europa fueron más lentas que aquellas mayoritariamente protestantes en aceptar la democracia. Samuel Huntington ha señalado, con acierto, que la llamada “tercer ola de democratización” llegó a España, Portugal y muchos países de América Latina entre los años ’70 y los ’90.

<sup>28</sup> DA I, p. 431.

estadounidenses— esa situación a los desórdenes conyugales y domésticos de Europa<sup>29</sup>.

Aún hoy, a poco menos de dos siglos de la visita de Tocqueville, los Estados Unidos siguen siendo un país profundamente religioso. Según la revista británica *The Economist*, es el país rico más religioso del mundo. Mientras en Europa la religiosidad de la población ha decaído, en Estados Unidos ha aumentado en la segunda mitad del siglo XX. Según encuestas recientes, el 80% de la población adulta manifiesta creer en Dios y, además, el 58% piensa que si no se cree en Dios no se puede ser moral<sup>30</sup>. La acentuada religiosidad de los norteamericanos es una de las características del llamado “*American exceptionalism*”<sup>31</sup>.

Mientras las instituciones de los Estados Unidos permiten al pueblo americano una amplia libertad frente a la ley, “*la religion l’empêche de tout concevoir et lui défend de tout oser*”<sup>32</sup>. Por consiguiente, concluye nuestro autor que: “*La religion, qui, chez les Américains, ne se mêle jamais directement au gouvernement de la société, doit donc être considérée comme la première de leurs institutions politiques*”<sup>33</sup>.

---

<sup>29</sup> Se ha señalado la insistencia de nuestro autor en concentrar la virtud en la mujer americana y su ámbito doméstico. Véase, sobre el tema, Sheldon S. Wolin, op. cit., pp. 330-334.

<sup>30</sup> Véase “A Survey of America”, en *The Economist*, 8 de noviembre de 2003, pp. 9-12.

<sup>31</sup> Expresión que se popularizó a través del conocido libro del sociólogo Seymour Martin Lipset que lleva ese título, publicado en 1995.

<sup>32</sup> DA I, p. 433.

<sup>33</sup> *Ibíd.* Ninguna prueba contemporánea más acabada de la influencia de la religión en la política norteamericana que la reciente incidencia de los valores religiosos en la re-elección de George W.

Más adelante, se interroga: “*Je ne sais si tous les Américains ont foi dans leur religion, car qui peut lire au fond des cœurs? Mais je suis sûr qu’ils la croient nécessaire au maintien des institutions républicaines*”<sup>34</sup>. Es más, nos dice, los estadounidenses no pueden concebir el cristianismo sin la libertad<sup>35</sup>.

Finalmente, nos deja un párrafo memorable: “*C’est le despotisme qui peut se passer de la foi, mais non la liberté. La religion est beaucoup plus nécessaire dans ... les républiques démocratiques ... Comment la société pourrait-elle manquer de périr si, tandis que le lien politique se relâche, le lien moral ne se resserrait pas? et que faire d’un peuple maître de lui-même, s’il n’est pas soumis à Dieu?*”<sup>36</sup>. Vaticina así la alianza necesaria de la democracia y la religión para que la democra-

---

Bush. Véase “The Triumph of the Religious Right”, en *The Economist*, 13 de noviembre de 2004, pp. 29-31, con una detallada estadística sociológica del componente religioso del voto americano en las elecciones presidenciales del 2004. A raíz de su derrota, el propio Partido Demócrata ha modificado su discurso para acercarse a los creyentes y cerrar el llamado “*God gap*” que distanció al partido de los sectores religiosos de la población. Véase, al respecto, “Lexington: Sister Hillary”, en *The Economist*, 29 de enero de 2005. Nada menos que Mario Vargas Llosa ha reconocido, en un reciente artículo periodístico, que la religión es la “*mayor protagonista de la vida política de los Estados Unidos en los albores del tercer milenio*” (“A Dios rogando”, en el diario *La Nación* del 7 de abril de 2005, p. 29).

<sup>34</sup> DA I, p. 434.

<sup>35</sup> Comparando con la situación de su patria, nos dice: “*J’avais vu parmi nous l’esprit de religion et l’esprit de liberté marcher pres-que toujours en sens contraire. Ici, je les retrouvais intimement unis l’un a l’autre: ils régnaient ensemble sur le même sol*” (DA I, p. 437).

<sup>36</sup> DA I, p. 436.

cia no perezca y adelanta una idea que no se explicará plenamente hasta los desarrollos de la segunda parte de la obra, que recién verán la luz cinco años más tarde.

Pero, nos podemos cuestionar junto a Tocqueville, ¿qué es lo que hace a la religión tan poderosa en la sociedad americana? ¿Es acaso su cercanía al poder político o su unión con el Estado?

Paradójicamente, la respuesta que nos da es negativa. Su indagación entre los sacerdotes católicos de la Unión lo convence que es la separación entre la Iglesia y el Estado la que vuelve poderosa la influencia que la religión ejerce sobre las almas en aquel país. No deja de ser novedoso para la época lo que advierte Tocqueville: que, a medida que disminuye la directa fuerza política de la religión, aumenta su poderío propiamente religioso sobre los espíritus y las costumbres<sup>37</sup>. O, como lo sintetiza un moderno sociólogo de la religión: “*es necesario alejarse del poder para ser más influyente*”<sup>38</sup>.

Se sitúa así nuestro autor en el núcleo del que, para Pierre Manent, es el principal problema político de la modernidad: las relaciones polémicas entre la Iglesia y la política, de las cuales nace el liberalismo moderno<sup>39</sup>.

Explica Tocqueville las razones que justifican la separación entre la Iglesia y el Estado, tanto en beneficio de éste como de aquella:

---

<sup>37</sup> Nuestro autor lo expresa de modo diferente: “... *comment il pouvait arriver qu'en diminuant la force apparente d'une religion, on vint à augmenter sa puissance réelle ...*” (DA I, pp. 438-439).

<sup>38</sup> Roberto Cipriani, *Manual de Sociología de la Religión*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004, p. 56.

<sup>39</sup> Pierre Manent, *Histoire intellectuelle du libéralisme. Dix leçons*, Calmann-Lévy, 1987, pp. 17-30.

*“On a vu des religions intimement unies aux gouvernements de la terre, dominer en même temps les âmes par la terreur et par la foi; mais lorsqu’une religion contracte une semblable alliance, je ne crains pas de le dire, elle agit comme pourrait le faire un homme: elle sacrifie l’avenir en vue du présent, et en obtenant une puissance qui ne lui est point due, elle expose son légitime pouvoir”<sup>40</sup>.*

Párrafos más adelante señala:

*“En s’unissant aux différentes puissances politiques, la religion ne saurait donc contracter qu’une alliance onéreuse. Elle n’a pas besoin de leur secours pour vivre, et en les servant elle peut mourir”<sup>41</sup>.*

Estos riesgos son aún peores en un estado democrático:

*“A mesure qu’une nation prend un état social démocratique, et qu’on voit les sociétés pencher vers la république, il devient de plus en plus dangereux d’unir la religion à l’autorité; car les temps approchent où la puissance va passer de main en main, où les théories politiques se succé-*

---

<sup>40</sup> DA I, p. 439.

<sup>41</sup> DA I, pp. 440-441. Esos son los peligros que han afectado a Europa, como lo reconoce nuestro autor: *“En Europe, le christianisme a permis qu’on l’unit intimement aux puissances de la terre. Aujourd’hui ces puissances tombent, et il est comme enseveli sous leurs débris. C’est un vivant qu’on a voulu attacher à des morts: coupez les liens qui le retiennent, et il se relève”* (DA I, p. 445).

*deront, où les hommes, les lois, les constitutions elles-mêmes disparaîtront ou se modifieront chaque jour, et cela non durant un temps, mais sans cesse”<sup>42</sup>.*

Zetterbaum sintetiza adecuadamente la posición de nuestro autor cuando enseña:

*“La defensa que hace Tocqueville de la utilidad de la religión no lo mueve a pedir una religión del Estado; por lo contrario, sus consideraciones políticas lo hacen mostrar la necesidad de la separación de la Iglesia y el Estado. Pero, en contraste con quienes desean separar ambos para fortalecer el orden político mientras debilitan el religioso, Tocqueville arguye que sólo por separación se mantendrá la influencia religiosa lo bastante fuerte para ejercer sus efectos benéficos sobre la sociedad civil. El efecto saludable del espíritu de la religión sobre la sociedad en las épocas democráticas quedaría en peligro si la religión, por invadir el ámbito político, implantara la sugestión de que sus principios estaban sujetos a la determinación de la mayoría. Sólo dependiendo de la pasión natural por la religión que hay en el hombre como tal, y evitando toda alianza con un partido o Estado en particular, puede la religión seguir causando su efecto sobre los hombres en épocas democráticas. La religión de-*

---

<sup>42</sup> DA I, p. 441

*be seguir siendo poderosa y, por tanto, separada, para desempeñar su función política”<sup>43</sup>.*

A modo de síntesis sobre las conclusiones que se desprenden de la primera parte de la obra comentada, nada mejor que reproducir las palabras de Wolin sobre el tema:

*“Americans were depicted as being constrained by an all-prevalent spiritual power without a state-controlled religion. ... Institutionalized religions in America, Catholic as well as Protestant, appeared to Tocqueville to have attained the advantages of premodern religious establishment minus its disadvantages. They dispensed moral influence without accumulating political power. The representatives of American churches supported freedom yet remained committed to religion’s traditional role of defending order, which in the modern age meant accepting the separation of church and state and relinquishing any political ambitions”<sup>44</sup>.*

### **3. La religión en la segunda parte de La démocratie en Amérique**

La segunda parte de la obra, publicada en 1840, conoció un menor éxito que la primera. Sin embargo, es esta segunda parte, sobre todo, la que ha ameritado que

---

<sup>43</sup> Marvin Zetterbaum, “Alexis de Tocqueville”, en Leo Strauss y Joseph Cropsey (compiladores), *Historia de la filosofía política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, pp. 733-734.

<sup>44</sup> Sheldon S. Wolin, op. cit., p. 237.

Aron haya colocado a nuestro autor entre los más grandes sociólogos de todos los tiempos ya que —superando la gala de agudo observador de la sociedad americana desarrollada en el primer volumen— elabora aquí lo que Weber llamará el “tipo ideal”, es decir, una noción sociológica alimentada por la realidad pero, al mismo tiempo, tipificada<sup>45</sup>. Mientras el interés de Tocqueville en el primer volumen se concentra en *América* más que en la democracia, en el segundo se vuelca hacia la *democracia* más que hacia América. El propio autor, en una carta a John Stuart Mill, señala su propósito al publicar el segundo volumen:

*“... partiendo de las nociones que me proporcionaba la sociedad americana y la francesa, he querido pintar los rasgos generales de las sociedades democráticas, de las que no existe todavía ningún modelo completo”*<sup>46</sup>.

Analiza Tocqueville, en esta segunda parte, el impacto que la democracia tiene sobre las ideas, los sentimientos y las costumbres de los americanos. Luego de destacar el espíritu pragmático, racionalista e individualista de éstos, que los aleja del interés por lo extraordinario y sobrenatural, recalca —sin embargo— *“le christianisme a donc conservé un grand empire sur l’esprit des Américains et [...] il ne régné point seulement comme une philosophie qu’on adopte après examen, mais comme une religion qu’on croit sans la discuter”*<sup>47</sup>. La independencia individual de pensamiento, propia de

---

<sup>45</sup> Raymond Aron, op. cit., p. 251.

<sup>46</sup> Citada por J.P. Mayer en su prólogo a la selección de *La democracia en América* publicada por Ediciones Orbis, 1985.

<sup>47</sup> DA II, p. 17.

una democracia liberal, en consecuencia, se mueve dentro del marco de ciertas creencias que son compartidas por los miembros de la sociedad. Comentando este punto, explica nuestro autor:

*“Pour qu’il y ait société, et, à plus forte raison, pour que cette société prospère, il faut donc que tous les esprits des citoyens soient toujours rassemblés et tenus ensemble par quelques idées principales”*<sup>48</sup>.

La religión, para Tocqueville, es inherente a la naturaleza humana<sup>49</sup>. Coincide en esto con Constant. Dentro de las creencias religiosas, Tocqueville asigna cardinal importancia a la fe en la inmortalidad del alma. Tocqueville presenta a la inmortalidad como el eje de la fe religiosa y cómo aquella doctrina teológica que más hondamente afecta la conducta humana en la sociedad política ya que, como veremos más adelante, conecta a la perfección con la doctrina tocquevilleana del “interés bien entendido”.

Varios son los beneficios que —desde el punto de vista puramente humano y conforme al esbozo de filosofía religiosa que hace nuestro autor en esta obra— brinda la religión a la sociedad política.

---

<sup>48</sup> DA II, p. 20.

<sup>49</sup> *“La religion n'est donc qu'une forme particulière de l'espérance, et elle est aussi naturelle au cœur humain, que l'espérance elle-même. C'est par une espèce d'aberration de l'intelligence, et à l'aide d'une sorte de violence morale exercée sur leur propre nature, que les hommes s'éloignent des croyances religieuses, une pente invincible les y ramène. L'incrédulité est un accident; la foi seule est l'état permanent de l'humanité »* (DA I, p. 439).

En primer término, según Tocqueville, la religión corrige y fortifica la moral y las costumbres públicas. Todos sabemos que la ley necesita de la conciencia moral de los ciudadanos para su observancia, ya que su cumplimiento no puede reposar enteramente en la amenaza de una sanción legal por su inobservancia. La idea religiosa de castigos y premios en una vida ultra-terrena es indispensable para que exista una sanción moral más allá de la que imponen las leyes o de la que existe en esta tierra<sup>50</sup>. Además, la ley no puede obligar a todos los actos virtuosos necesarios para la vida en sociedad sino sólo a aquellos más necesarios al bien común.

En segundo lugar, las ideas sobre Dios y la moral son imprescindibles para la vida diaria de los ciudadanos. Sin embargo, la mayoría de los hombres tienen que ganarse su sustento y no disponen de tiempo ni capacidad intelectual para formarse sus propias ideas sobre Dios y la moral. La religión ofrece a la población ideas claras, precisas y permanentes sobre estas cuestiones, avaladas por la experiencia de los pueblos y por la enseñanza de generaciones de teólogos<sup>51</sup>.

---

<sup>50</sup> DA II, pp. 178-180 y 199-205.

<sup>51</sup> Citemos algunos expresivos pasajes que revelan cierto desdén por la filosofía y la apreciación de las creencias religiosas: *“Il n’y a presque point d’action humaine, quelque particulière qu’on la suppose, qui ne prenne naissance dans une idée très générale que les hommes ont conçue de Dieu, de ses rapports avec le genre humaine, de la nature de leur âme et de leurs devoirs envers leurs semblables. L’on ne saurait faire que ces idées ne soient pas la source commune dont tout le reste découle”* (DA II, p.36). *« Encore voyons-nous que ces philosophes eux-mêmes sont presque toujours environnés d’incertitudes; qu’a chaque pas la lumière naturelle qui les éclaire s’obscurcit et menace de s’éteindre, et que, malgré tous leurs efforts, ils n’ont encore pu découvrir qu’un petit*

En tercer término, mientras que la democracia despierta en los hombres el apetito por la satisfacción de sus necesidades materiales y gustos sensibles, debilitando la búsqueda de aquellos fines más altos y espirituales necesarios a la “cosa pública”, la religión reorienta la mirada de los hombres hacia aquellos fines más nobles y elevados<sup>52</sup>. Es, como dice Wolin, “a pow-

---

*nombre de notions contradictoires, au milieu desquelles l'esprit humain flotte sans cesse depuis des milliers d'années, sans pouvoir saisir fermement la vérité ni même trouver de nouvelles erreurs. De pareilles études sont fort au-dessus de la capacité moyenne des hommes, et, quand même la plupart des hommes seraient capables de s'y livrer, il est évident qu'ils n'en auraient pas le loisir » (DA II, p. 37). « Le premier objet, et l'un des principaux avantages des religions, est de fournir sur chacune de ces questions primordiales une solution nette, précise, intelligible pour la foule et très durable. Il y a des religions très fausses et très absurdes; cependant l'on peut dire que toute religion qui reste dans le cercle que je viens d'indiquer et qui ne prétend pas en sortir, ainsi que plusieurs l'ont tenté, pour aller arrêter de tous côtés le libre essor de l'esprit humain, impose un joug salutaire à l'intelligence; et il faut reconnaître que, si elle ne sauve point les hommes dans l'autre monde, elle est du moins très utile à leur bonheur et à leur grandeur dans celui-ci » (DA II, p. 38).*

<sup>52</sup> Escuchemos sobre este punto directamente a nuestro autor : « Il faut reconnaître que l'égalité, qui introduit de grands biens dans le monde, suggère cependant aux hommes, ainsi qu'il sera montré ci-après, des instincts fort dangereux; elle tend à les isoler les uns des autres, pour porter chacun d'eux à ne s'occuper que de lui seul. Elle ouvre démesurément leur âme à l'amour des jouissances matérielles. Le plus grand avantage des religions est d'inspirer des instincts tout contraires. Il n'y a point de religion qui ne place l'objet des désires de l'homme au delà et au-dessus des biens de la terre, et qui n'élève naturellement son âme vers des régions fort supérieures à celles des sens. Il n'y en a point non plus qui n'impose à chacun des devoirs quelconques envers l'espèce humaine, ou en commun avec elle, et qui ne le tire ainsi, de temps à autre, de la contempla-

*erful antidote to the modern banalization of everyday life*”<sup>53</sup>. Como explica Tocqueville: “*La principale affaire des religions est de purifier, de régler et de restreindre la goût trop ardent et trop exclusif du bien-être que ressentent les hommes dans les temps d’égalité; mais je crois qu’elles auraient tort d’essayer de le dompter entièrement et de le détruire. Elles ne réussiront point á détourner les hommes de l’amour des richesses; mais elles peuvent encore leur persuader de ne s’enrichir que par des moyens honnêtes*”<sup>54</sup>.

En cuarto lugar, la religión limita el poder de la mayoría para legislar en materias que afectan a la fe o a la moral. Ya lo había indicado, con elocuencia, nuestro autor en la primera parte de la obra comentada, cuando exclamaba: “[...] *il ne s’est rencontré personne, aux Etats-Unis, qui ait osé avancer cette maxime: que tout est permis dans l’intérêt de la société. Maxime impie, qui semble avoir été inventée dans un siècle de liberté pour légitimer tous les tyrans à venir*”<sup>55</sup>.

Por último, la fe religiosa crea la convicción en el hombre de estar siempre en presencia de un supremo Juez al que no se puede engañar y que escruta los corazones, conociendo incluso los actos e intenciones secretas de los seres humanos. La fe añade así la motivación para conducirse en todo del modo más perfecto posible, aún cuando nadie esté observando o no haya posibilidad de ser descubierto por la autoridad.

---

tion de lui-même. Ceci se rencontre dans les religions les plus fausses et les plus dangereuses » (DA II, p. 39).

<sup>53</sup> Sheldon S. Wolin, op. cit., p. 424.

<sup>54</sup> DA II, pp. 44-45.

<sup>55</sup> DA I, p. 433.

Si bien la religión se compone de creencias dogmáticas que imponen al hombre una especie de “*servitude salubre*”<sup>56</sup>, en la era democrática —sin embargo— la religión reina “*bien moins comme doctrine révélée que comme opinion commune*”<sup>57</sup>. Y, por ende, existe el riesgo de que esa opinión común se convierta en “*une sorte de religion dont la majorité sera le prophète*”<sup>58</sup>. Se vislumbra aquí el peligro que luego Tocqueville advertirá con toda claridad: el de la “*tyrannie de la majorité*”.

Al contrario, más que sucumbir frente a la democracia, la religión debe inspirar inclinaciones contrarias a las que aquejan a la sociedad democrática. Si la democracia promueve los males del individualismo, en el sentido “*tocquevilleano*” de aislar a los ciudadanos en la persecución de su interés individual desinteresándose por la cosa pública, y del amor desmesurado por los goces materiales, el bienestar y la comodidad, la religión debe fortalecer los impulsos que son opuestos a estos males. Nuestro autor nos dice:

*“Les peuples religieux sont donc naturellement forts précisément à l’endroit où les peuples démocratiques sont faibles; ce qui fait bien voir de quelle importance il est que les hommes gardent leur religion en devenant égaux”*<sup>59</sup>.

---

<sup>56</sup> DA II, p. 21. Nuestro autor se explica, en las pp. 21-22, sobre la importancia de las creencias dogmáticas.

<sup>57</sup> DA II, p. 24.

<sup>58</sup> *Ibíd.*

<sup>59</sup> DA II, p. 39. También nos confiesa: “*je doute que l’homme puisse jamais supporter à la fois une complète indépendance religieuse et une entière liberté politique; et je suis porté à penser*”

Como bien resume Chevalier:

*“Si la libertad puede permitirse relajar el vínculo político, es porque la fe aprieta el vínculo moral. ... La religión sirve también a la libertad ayudándola a combatir, en el alma misma y en el corazón del ciudadano, las importunas inclinaciones democráticas que ya conocemos: individualismo, envidia mezquina, gusto por el bienestar que acaba por ser degradante”*<sup>60</sup>

. En igual sentido, señala Sheldon Wolin: *“religion was the essential inhibitory ingredient in democratic self-restraint”*<sup>61</sup>.

Así como en la primera parte de la *Démocratie* Tocqueville había demostrado cómo la religión contribuía al *mantenimiento* de una república, en esta segunda parte explicará en que modo sirve para *contener* y *limitar* una democracia. En el fondo, nuestro autor proclama la necesidad —en una sociedad democrática que se quiere gobernar a sí misma— de una disciplina moral y religiosa inscrita en la conciencia de los ciudadanos.

Adopta, así, Tocqueville la atrevida tesis de que la principal institución política de la democracia americana es nada menos que la religión. Su razonamiento lo conduce a pensar que las premisas del materialismo, del individualismo y del corto-placismo no contribuyen al mantenimiento de una democracia sino que —por el contrario— minan sus cimientos. Es más, la democracia —librada a su suerte— tiende inevitablemente a

---

*que, s’il n’a pas de foi, il faut qu’il serve, et, s’il est libre, qu’il croie”* (Ibíd.).

<sup>60</sup> Jean-Jacques Chevalier, op. cit., p. 256.

<sup>61</sup> Sheldon S. Wolin, op. cit., p. 237.

hacer sucumbir la libertad bajo la pasión del igualitarismo y del ansia de seguridad a toda costa, para — finalmente— ser víctima del blando despotismo que nuestro autor augura.

Tocqueville asocia el peligro del despotismo al crecimiento del materialismo y del hedonismo propio de la mentalidad burguesa de la naciente era democrática. En las páginas de nuestro autor resuena a veces el *cri de cœur* de un aristócrata<sup>62</sup> que se horroriza ante la vida desprovista de heroísmo y de idealismo de la *petite bourgeoisie*.

Otro de los males que asechan a la democracia es el “individualismo”, en el sentido peyorativo que tal término toma en Tocqueville. Nuestro autor lo describe así:

*“L’individualisme est un sentiment réfléchi et paisible qui dispose chaque citoyen a s’isoler de la masse de ses semblables et à se retirer à l’écart avec sa famille et ses amis; de telle sorte que, après s’être ainsi crée une petit société a son usage, il abandonne volontiers la grande société à elle-même »*<sup>63</sup>.

Tanto la apatía producida por el individualismo como el materialismo retraen al ciudadano de la participación en la vida pública. Los dos principales remedios para prevenir los excesos del individualismo democrático que

---

<sup>62</sup> Como agudamente señala Jean Touchard: “*es aristócrata de instinto, pero la reflexión le lleva a aceptar como irreversible la evolución hacia la democracia*” (Jean Touchard y otros, *Historia de las Ideas Políticas*, Ed. Tecnos, Madrid, 4ta edición, 1981, p. 408).

<sup>63</sup> DA II, p. 143

imagina nuestro autor son la participación ciudadana y la religión<sup>64</sup>.

En torno a las enfermedades de la era democrática, sabemos que Tocqueville desarrolla un remedio al mal del “individualismo” que es su “*doctrine de l’intérêt bien entendu*”. Como lo resume Zetterbaum: conforme a esta doctrina “*el fundamento del orden público o social reside en un egoísmo ilustrado*” y, por ende, “*el patriotismo o espíritu público es el subproducto que surge de la inteligente busca de nuestro propio interés*”<sup>65</sup>.

Ahora bien, como este comentarista lo advierte,

“*la insistencia de Tocqueville en lo indispensable de la religión parece señalar una deficiencia radical de la doctrina del interés bien entendido*”<sup>66</sup>.

A primera vista, podría suponerse que el propio Tocqueville no tenía claro si la doctrina racional del propio interés era una base suficiente para fundar éticamente la nueva sociedad democrática. O —en cambio— debía recurrirse a un *ethos* religioso. ¿Ambos no son contradictorios? ¿O acaso son compatibles? ¿E incluso complementarios? La solución debe encontrarse —creemos— en la ampliación del principio del interés egoísta, de modo de abarcar las recompensas de una vida ultra-terrena.

---

<sup>64</sup> Esta pareciera ser la tesis central de un libro reciente de Agnès Antoine titulado *L’impensé de la démocratie: Tocqueville, la citoyenneté et la religion* (Fayard, Paris, 2003), obra que lamentablemente no hemos podido consultar.

<sup>65</sup> Marvin Zetterbaum, op. cit., pp. 731-732.

<sup>66</sup> *Ibíd.*

Ello es así puesto que, para nuestro autor, incluso la misma religión parecería responder a la doctrina del interés bien entendido. Al respecto, nos dice:

*“Je ne crois donc pas que le seul mobile des hommes religieux soit l'intérêt; mais je pense que l'intérêt est le principal moyen dont les religions elles-mêmes se servent pour conduire les hommes, et je ne doute pas que ce ne soit par ce côté qu'elles saisissent la foule et deviennent populaires. Je ne vois donc pas clairement pourquoi la doctrine de l'intérêt bien entendu écarterait les hommes des croyances religieuses, et il me semble, au contraire, que je démêle comment elle les en rapproche. Je suppose que, pour atteindre le bonheur de ce monde, un homme résiste en toutes rencontres à l'instinct, et raisonne froidement tous les actes de sa vie, qu'au lieu de céder aveuglément à la fougue de ses premiers désirs, il ait appris l'art de les combattre, et qu'il se soit habitué à sacrifier sans efforts le plaisir du moment à l'intérêt permanent de toute sa vie”*<sup>67</sup>

En este párrafo resuenan los ecos, por un lado, de Pascal, a quien nuestro autor cita expresamente líneas más adelante<sup>68</sup> y, por el otro, de la famosa disputa entre

---

<sup>67</sup> DA II, p. 179.

<sup>68</sup> “De se tromper en croyant la religion chrétienne vraie, a dit Pascal, il n’y a pas grand’chose à perdre, mais quel malheur de se tromper en la croyant fausse!” (DA II, p. 180). Hace referencia a la conocida argumentación a favor de la existencia de Dios conocida como la “apuesta de Pascal”. Véase Pascal, *Pensamientos*,

Fénelon y Bossuet sobre el amor puro que agitó los espíritus en la Francia de fines del siglo XVII<sup>69</sup>.

Hemos visto como nuestro autor ha asignado a la religión un papel de eficaz antídoto contra varios de los gérmenes patógenos que amenazan a la democracia moderna. Sin embargo, también Tocqueville advierte que la religión debe adaptarse a la “era democrática”. ¿Cómo? En primer lugar, limitando su esfera propia:

*“Ceci indique d'abord que, dans ces siècles-là, les religions doivent se tenir plus discrètement qu'en tous les autres dans les bornes qui leur sont propres, et ne point chercher à en sortir; car, en voulant étendre leur pouvoir plus loin que les matières religieuses, elles risquent de n'être plus crues en aucune matière. Elles doivent donc tracer avec soin le cercle dans lequel elles prétendent arrêter l'esprit humain, et au delà le laisser entièrement libre de l'abandonner à lui-même”*<sup>70</sup>.

Por ello nuestro autor critica —en una nota de gran actualidad— al Islam, puesto que éste no se limita a una doctrina religiosa sino que pretende deducir de su credo reglas políticas, leyes civiles y penales, así como

---

traducción y prólogo de O. Andrieu, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1971, # 233, pp. 167-172.

<sup>69</sup> La disputa versó sobre si es posible en el hombre un amor puro y desinteresado a Dios, sin que el ser humano busque al mismo tiempo la eterna recompensa. Mientras Fénelon defendía la existencia de un amor puro a Dios, sin mezcla de interés, Bossuet argüía la imposibilidad de separar —en el hombre— el amor a Dios de la búsqueda del propio bien consistente en la recompensa eterna.

<sup>70</sup> DA II, p. 40.

teorías científicas. En cambio, comparando al cristianismo con la fe islámica, dice Tocqueville:

*“L’Évangile ne parle, au contraire, que des rapports généraux des hommes avec Dieu et entre eux. Hors de là, il n’enseigne rien et n’oblige à rien croire. Cela seul, entre mille autres raisons, suffit pour montrer que la première de ces deux religions ne saurait dominer longtemps dans des temps de lumières et de démocratie, tandis que la seconde est destinée à régner dans ces siècles comme dans tous les autres”*<sup>71</sup>

En otra muestra de la clarividencia de nuestro autor, estas líneas vaticinan y explican porqué, en pleno siglo XXI, los países islámicos han tenido problemas para adaptarse a la democracia moderna.

En segundo término, en cuanto a las formas y prácticas exteriores, de las que no debe recargarse la religión en una sociedad democrática:

*“Je n’imagine point qu’il soit possible de maintenir une religion sans pratiques extérieures; mais, d’une autre part, je pense que, dans les siècles où nous entrons, il serait particulièrement dangereux de les multiplier outre mesure; qu’il faut plutôt les restreindre, et qu’on ne doit en retenir que ce qui est absolument nécessaire pour la perpétuité du dogme lui-même, qui est la substance des religions”*<sup>72</sup>, dont le culte n’est que la forme”<sup>73</sup>.

---

<sup>71</sup> *Ibíd.*

<sup>72</sup> DA II, p. 43. « Dans toutes les religions, il y a des cérémonies qui sont inhérentes à la substance même de la croyance et aux-

Y, por último, ajustándose a las ideas del momento en todo lo que no hace a la esencia de la religión:

*“A mesure que les hommes deviennent plus semblables et plus égaux, il importe davantage que les religions, tout en se mettant soigneusement à l'écart du mouvement journalier des affaires, ne heurtent point sans nécessité les idées généralement admises, et les intérêts permanents qui règnent dans la masse; car l'opinion commune apparaît de plus en plus comme la première et la plus irrésistible des puissances; il n'y a pas en dehors d'elle d'appui si fort qui permette de résister longtemps à ses coups. Cela n'est pas moins vrai chez un peuple démocratique, soumis à un despote, que dans une république. Dans les siècles d'égalité, les rois font souvent obéir, mais c'est toujours la majorité qui fait croire; c'est donc à la majorité qu'il faut complaire dans tout ce qui n'est pas contraire à la foi. [...] En Amérique, la religion est un monde à part où le prêtre règne, mais dont il a soin de ne jamais sortir; dans ses limites, il conduit l'intelligence; au dehors, il livre les hommes à eux-mêmes et les abandonne à l'indépendance et à l'instabilité qui sont propres à leur nature et au temps”<sup>74</sup>.*

---

quelles il faut bien se garder de rien changer. Cela se voit particulièrement dans le catholicisme, où souvent la forme et le fond sont si étroitement unis qu'ils ne font qu'un ». (Nota del propio autor).

<sup>73</sup> DA II, p. 43.

<sup>74</sup> DA II, p. 45.

Estos consejos —que casi podríamos llamar “pastorales”— acerca de cómo debe adaptarse la religión a la sociedad democrática muestran que Tocqueville reconoce que la religión no está exenta de verse influida por las condiciones sociales y políticas. Entonces, cabe la pregunta, ¿cómo podrá desempeñar la religión su función de antídoto de los males de la democracia y, en especial, de freno al crecimiento del despotismo? Si la religión es tan vulnerable a la influencia de las condiciones sociales e históricas y, en particular, de la opinión mayoritaria en los países democráticos: ¿Cómo podrá seguir siendo garantía de la libertad y no ser devorada por las tendencias mayoritarias?

#### **4. La religión en L’Ancien régime et la Révolution**

*L’Ancien Régime et la Révolution*, publicado en 1856, ofrece —como su propio autor lo reconoció— una “*mélange d’histoire proprement dite avec la philosophie historique*”<sup>75</sup>. El tema fundamental de la obra, que además motivó una producción historiográfica y política notable durante todo el siglo XIX en Francia, es la explicación de las causas de la Revolución Francesa. La tesis de Tocqueville es —en apretada síntesis— que la Revolución fue parte de un fenómeno más profundo que recorre la historia francesa desde el Antiguo Régimen hasta Napoleón y que puede sintetizarse en la ten-

---

<sup>75</sup> Citado por J.P. Mayer en su estudio introductorio a LA, p. 17.

dencia hacia la centralización administrativa y la concentración del poder<sup>76</sup>.

En este contexto, nuestro autor examina el porqué del carácter antirreligioso de la Revolución. Constata que, entre las pasiones nacidas de la Revolución, “*la première allumée et la dernière éteinte a été la passion irrégieuse*”<sup>77</sup> y, a continuación, se interroga: ¿a qué se debe que esta pasión haya sido tan dominante y general en Francia?

Así como en *De la démocratie* Tocqueville se había destacado como sociólogo comparatista, en *L’Ancien Régime* se luce como historiador sociológico. Escudriña así, en esta obra, las causas que llevaron a teñir a la Revolución francesa de esa impronta irreligiosa y anticlerical. Luego de describir el debilitamiento del cristianismo en Europa durante todo el siglo XVIII<sup>78</sup>, producto de la duda, la incredulidad y la indiferencia<sup>79</sup>,

---

<sup>76</sup> O, como lo dice en acertada expresión François Furet: “*la dé-possession politique de la société par l’Etat*” (“Tocqueville”, en François Furet y Mona Ozouf, *Dictionnaire critique de la révolution française*, Flammarion, Paris, 1988, p. 1075).

<sup>77</sup> LA, p. 62. Como explica François Furet: “... *la révolution politique a voulu déraciner, en même temps que la société aristocratique, le fond des croyances religieuses: de là son caractère exceptionnel, son vertige de la surenchère, la violence des passions qu’elle a suscitées et leur durée*” (op. cit., p. 1079).

<sup>78</sup> Que, sin embargo, según Tocqueville, había afectado sobre todo a la aristocracia y a los espíritus más selectos, sin haber penetrado en el seno de la clase media y del pueblo: “[*l’irreligion*] *restait le caprice de certains esprits, non une opinion commune*” (LA, pp. 242-243).

<sup>79</sup> Lo que, con acertada expresión, describe Tocqueville como “*la mort sénile des religions*” (LA, p. 243).

aclara que es en Francia donde la irreligión deviene una pasión ardiente, opresiva e intolerante<sup>80</sup>.

Las razones de esa situación las encuentra más en la condición de la sociedad que en el estado de la Iglesia de la época<sup>81</sup>. Por un lado, esta impronta irreligiosa de la Revolución se debe a la importancia de la influencia sobre sus líderes de la filosofía y literatura francesas del siglo XVIII<sup>82</sup>, con su carga de furor contra la Iglesia, su

---

<sup>80</sup> LA, p. 243.

<sup>81</sup> Pese a que reconoce, como no podía ser de otra manera, que la relación entre la Iglesia y el poder político en el Antiguo Régimen no era sana ya que la califica de “*commerce dangereux, quand les temps de révolution approchent, et toujours désavantageux à une puissance qui ne se fonde pas sur la contrainte, mais sur la croyance*” (LA, pp. 246-247). Respecto a este tema, señala François Furet: “*Tocqueville ne tient pas l’Eglise catholique de l’Ancien Régime pour responsable, ou même corresponsable: il ne parle pas du rôle qu’elle a joué dans l’éradication violente du protestantisme au XVIIIe siècle ou de l’alliance étroite qu’elle a scellée avec la monarchie absolue sous Louis XIV et qui l’exposait à partager ses malheurs. Fidèle à son système d’analyse, il inculpe l’Etat monarchique, coupable d’avoir jeté les classes supérieures dans l’irresponsabilité intellectuelle et sociale, et l’opinion publique dans les abstractions de la philosophie*” (op. cit., p. 1079).

<sup>82</sup> LA, p. 63. Más adelante, en el capítulo I del libro III, Tocqueville se explayará sobre la influencia de los hombres de letras y filósofos en la obra de la Revolución en un interesante ejemplo de cómo la historia de las ideas influye sobremanera en la historia política; característica que —por otra parte— es propia de la modernidad política como con acierto señala Pierre Manent (op. cit., pp. 8-9). Tocqueville explica: “*que tout l’esprit d’opposition politique que faisaient naître les vices du gouvernement, ne pouvant se produire dans les affaires, s’était réfugié dans la littérature, et que les écrivains étaient devenus les véritables chefs du grand parti qui tendait à renverser toutes les institutions sociales et politiques du pays*” (LA, pp. 244-245).

jerarquía y sus dogmas. Pensemos en Voltaire, Diderot, Holbach o Helvetius, por ejemplo.

Por el otro, los principios de organización institucional de la Iglesia católica y su idiosincracia, por así llamarla, se enfrentaban a los postulados revolucionarios<sup>83</sup>. No distinguían los revolucionarios, según nuestro autor, entre la sociedad política y la religiosa que — por ser esencialmente diferentes— pueden diferir en cuanto a su forma de gobierno. Veían a la Iglesia como fundamento y modelo del orden político y, por ende, para destruir las instituciones monárquicas consideraban necesario —al mismo tiempo— oponerse a la Iglesia<sup>84</sup>. La atacaban como poder político, por lo que representaba en el *Ancien Régime* y por la legitimidad moral de que dotaba a la aristocracia y al absolutismo<sup>85</sup>.

Había otras razones, además, para explicar porqué —por motivos personales— los filósofos y escritores que inspiraron la Revolución se habían encarnizado

---

<sup>83</sup> “*L’Eglise faisait obstacle, par les principes mêmes de son gouvernement, à ceux qu’ils voulaient faire prévaloir dans le gouvernement civil. Elle s’appuyait principalement sur la tradition: ils professaient un grand mépris pour toutes les institutions qui se fondent sur le respect du passé; elle reconnaissait une autorité supérieure à la raison individuelle: ils n’appelaient qu’à cette même raison; elle se fondait sur une hiérarchie: ils tendaient à la confusion des rangs*” (LA, p. 245).

<sup>84</sup> *Ibíd.*

<sup>85</sup> “*L’Eglise d’ailleurs était elle-même alors le premier des pouvoirs politiques, et le plus détesté de tous, quoiqu’il n’en fût pas le plus oppresif; car elle était venue se mêler à eux sans y être appelée par sa vocation et par sa nature, consacrait souvent chez eux des vices qu’elle blâmait ailleurs, les couvrait de son inviolabilité sacrée, et semblait vouloir les rendre immortels comme elle-même*” (LA, p. 245-246).

contra la Iglesia. Nuestro autor es muy sagaz al descubrir que los literatos enderezaban su pasión política contra la Iglesia ya que ésta representaba la parte del régimen —por así decirlo— que les era más próxima y más directamente antagonica, pues la censura de las autoridades eclesiásticas se hacía sentir cotidianamente sobre los intelectuales<sup>86</sup>. Además, era el “*côté le plus ouvert et le moins défendu*” del vasto edificio del *Ancien Régime*<sup>87</sup>.

No obstante, Tocqueville considera que ese ímpetu hostil a la religión no debe ser interpretado más que como una característica incidental o accesorio de los eventos de 1789. No forma parte de lo esencial de los valores democráticos —y mucho menos liberales— que pueden haber inspirado a los revolucionarios. Si bien, como hemos visto, nuestro autor lo reconoce, hay mucho en la filosofía francesa del siglo XVIII de contrario al catolicismo, en rigor “*c’était bien moins comme doctrine religieuse que comme institution politique que le christianisme avait allumé ces furieuses haines*”<sup>88</sup>.

En definitiva, Tocqueville excusa de algún modo el anticlericalismo de la Revolución cuando dice: “... *non parce que les prêtres prétendaient régler les choses de l’autre monde, mais parce qu’ils étaient propriétaires, seigneurs, décimateurs, administrateurs dans celui-ci; non parce que l’Eglise ne pouvait prendre place dans la société nouvelle qu’on allait fonder, mais parce qu’elle occupait alors la place plus privilégiée et la plus forte dans cette vieille société qu’il s’agissait de*

---

<sup>86</sup> LA, p. 246.

<sup>87</sup> *Ibid.*

<sup>88</sup> LA, p. 63.

*réduire en poudre*”<sup>89</sup>. Prueba de esa confusión de planos, parecería ser —según nuestro autor— que “à mesure que l’œuvre politique de la Révolution s’est consolidée, son œuvre irréligieuse s’est ruinée”<sup>90</sup>.

Retoma así el argumento a favor de la separación de Iglesia y Estado, de política y religión, que habíamos examinado en nuestro comentario a *De la démocratie*. La confusión entre el trono y el altar —parecería ser el razonamiento de nuestro autor— es lo que determinó que, una vez destronado el monarca, se pretendiera privar de sus derechos también a la Iglesia, a la que se creía ver asociada indefectiblemente con la aristocracia<sup>91</sup>.

---

<sup>89</sup> LA, p. 63-64.

<sup>90</sup> LA, p. 64.

<sup>91</sup> Hans Küng, un controvertido teólogo católico suizo contemporáneo, coincide con estas apreciaciones cuando afirma que, al ser la Iglesia católica francesa el apoyo más leal y al mismo tiempo la principal beneficiaria del *Ancien Régime*, todo el que rechazaba este régimen era crítico de la Iglesia. Ello provocó las devastadoras medidas que tomó la Revolución contra la Iglesia. Conforme a la interpretación de Küng, al no haber influido tanto la Reforma protestante en Francia, la Iglesia francesa quedó aferrada al paradigma medieval y se convirtió en la principal víctima de la Revolución. También según Küng, como resultado de la Revolución francesa, en Francia y otros estados católicos cuyos fieles rechazaron los cambios de paradigma producidos por la Reforma, primero, y la Modernidad, después, dos culturas —opuestas y hostiles— se desarrollaron: (i) una, laicista y republicana, propia de la burguesía liberal, y (ii) la otra, católica, conservadora, clerical, papista y —a veces— monárquica. Recién el Concilio Vaticano II establecería un puente entre ambas culturas. Véase Hans Küng, *Christianity: Essence, History and Future*, Continuum, New York, 1998, pp. 722-733, y *The Catholic Church: A Short History*, The Modern Library, New York, 2003, pp. 152-156..

No obstante, concluye Tocqueville: “*Croire que les sociétés démocratiques sont naturellement hostiles à la religion est commettre une grande erreur: rien dans le christianisme, ni même dans le catholicisme, n’est absolument contraire à l’esprit de ces sociétés, et plusieurs choses y sont très favorables*”<sup>92</sup>. El ejemplo al que acude, naturalmente, es el de Estados Unidos. Para cualquier norteamericano —nos dice nuestro autor— “*une société libre, ne peut subsister sans religion ... le respect de la religion y est ... le plus grande garantie de la stabilité de l’Etat et de la sûreté des particuliers*”<sup>93</sup>. Retoma así el hilo de su obra sobre la democracia en América y su tesis fundamental: la imperiosa necesidad de la religión en la era democrática<sup>94</sup>.

De todos modos, si bien nuestro autor se pronuncia enfáticamente a favor de la compatibilidad entre el catolicismo y la democracia e, incluso, de la “disociabilidad” —por así decirlo— de la obra política de la Revolución y de sus desvaríos antirreligiosos, reconoce —empero— que ésta ha procedido un poco a la manera de las “revoluciones religiosas”<sup>95</sup>.

---

<sup>92</sup> *Ibíd.*

<sup>93</sup> LA, p. 248.

<sup>94</sup> Refiriéndose a *L’Ancien Régime et la Révolution*, Lord Acton destacará: “... *Tocqueville made a corner-stone [the conviction] that nations that have not the self-governing force of religion within them are unprepared for freedom*” (*Lectures on the French Revolution*, editadas por John N. Figgis and Reginald V. Laurence, MacMillan and Co. Ltd., St Martin’s Street, Londres, 1910, p. 6).

<sup>95</sup> Destaca este aspecto, por ejemplo, Raymond Aron al afirmar que toda revolución política toma ciertos caracteres de revolución religiosa “*quand elle se veut universellement valable et se pretend la voie de salut pour l’humanité tout entière*” (op. cit., p. 241).

¿Qué significa esto? Según Tocqueville, “[la révolution française] a considéré le citoyen d’une façon abstraite, en dehors de toutes les sociétés particulières, de même que les religions considèrent l’homme en général, indépendamment du pays et du temps”<sup>96</sup>. El ímpetu revolucionario se transformó así, como lo observa agudamente nuestro autor, en una especie de nueva religión, de religión imperfecta, que penetró por la predicación y la propaganda y tuvo sus apóstoles y sus mártires<sup>97</sup>. Ese choque, entre una religión establecida, como la Iglesia francesa, y una revolución política que procedía con aires de revolución religiosa, en la que ambas reclamaban una suerte de señorío total sobre los fieles o ciudadanos, según el caso, motivó un antagonismo que no menguó durante buena parte del siglo XIX y que alimentó hasta nuestros días no poca literatura contrarrevolucionaria de parte de muchos católicos.

De allí se desprende un corolario, por así decirlo, del tratamiento del tema religioso en su obra sobre el Antiguo Régimen y la Revolución: el peligro de que la democracia proceda como una suerte de nueva religión. La religión secularizada y transmutada en el credo democrático puede privar a la democracia de su complemento más necesario y su contención más imprescindible: la verdadera religión.

## 5. Conclusiones

---

<sup>96</sup> LA, p. 71.

<sup>97</sup> *Ibíd.*

Llegados al final del recorrido de las obras de nuestro autor, resulta apropiado extraer algunas breves conclusiones sobre los ejes centrales del pensamiento de Tocqueville en torno a la temática del presente trabajo.

En primer lugar, la feliz unión del espíritu religioso y del espíritu republicano favorece el mantenimiento de una democracia duradera, como acaeció en los Estados Unidos. Por el contrario, en aquellos países en los que la religión se vió enfrentada a la tendencia en favor de las instituciones políticas democráticas y liberales, como —en general— sucedió en la Francia de la Revolución, la implantación de una democracia liberal atravesó dificultades mucho mayores.

En segundo término, la religión tiene una gran influencia “indirecta” sobre la política a través de su incidencia sobre las costumbres y la moral de una sociedad. A medida que la institución religiosa se separa del Estado y del poder político, su influencia benéfica sobre los espíritus y la sociedad es mayor, más profunda y más genuina.

Por último, si bien la religión es inherente a la naturaleza humana y, en general, beneficiosa para la sociedad, las democracias tienen una especial necesidad de la religión ya que ésta sirve de eficaz remedio a varios de los males que pueden aquejar a las democracias modernas: individualismo, materialismo, sometimiento a la opinión mayoritaria, hedonismo, etc. La religión aporta la creencia en la inmortalidad del alma y el freno moral que sirven de antídoto a muchas tendencias nocivas que la sociedad democrática puede fomentar en los seres humanos.

Como expresa Tocqueville, de lo que se trata es de “*moralizar la democracia por la religión*”<sup>98</sup>. Sin embargo, aún aquí el peligro está latente: la religión misma es vulnerable a las tendencias mayoritarias. Si eso ocurre, más allá de una sana adaptación de las creencias y prácticas religiosas a la “era democrática”, su función benéfica puede verse debilitada ya que no desempeñará el papel de antídoto para los males de la democracia moderna que le asignara Tocqueville. No obstante, como nuestro autor vaticinó, las creencias religiosas han demostrado ser todavía un elemento fundamental en el funcionamiento de la democracia norteamericana, la más poderosa y duradera de la tierra hasta el presente.

---

<sup>98</sup> DA II, p. 200.